

## JUBILEO DE LOS CATEQUISTAS Y MISIONEROS

*Catedral de La Habana, 5 de noviembre del 2000*

Queridos hermanos y hermanas:

El Papa Juan Pablo II nos ha venido pidiendo desde los inicios de su Pontificado a los obispos latinoamericanos y después a toda la Iglesia Universal que pongamos en marcha una nueva evangelización: nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones, nueva en su ardor. Los nuevos métodos que debemos hallar, las expresiones nuevas que han de producirse, dependen del ardor renovado con que anunciemos a Jesucristo por medio de nuestra palabra y nuestra vida.

El ardor evangelizador está en línea directa con nuestro amor a Dios. Él es quien llena nuestro ser con la fuerza de su Espíritu Santo. Es Dios quien pone sus palabras en nuestros labios para proclamar a todos los pueblos su misericordia y anunciarles al Salvador. Este anuncio debe hacerlo alguien que ama al Dios de quien habla. Pero es necesario también que el ardor evangelizador esté alimentado por el amor al prójimo. El destinatario del anuncio misionero es cada hombre y cada mujer a quienes Dios Padre ama y quiere salvar. En su inescrutable designio de salvación, Dios decide llegar a ellos a través de nosotros, los discípulos de Cristo, que prolongamos en medio del mundo la presencia de su Hijo eterno. Jesucristo vino a anunciar el Reino de Dios, un Reino de justicia, de verdad y de amor. Para ser capaces de proclamar válidamente ese reino debemos amar a Dios «con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser y amar al prójimo como a uno mismo». Solo así, dice Jesús en el relato evangélico proclamado hoy, estaremos cerca del Reino de Dios, condición indispensable para proclamarlo a nuestros contemporáneos. El amor vale más que todos los sacrificios y todos los holocaustos.

Sabemos que solo un sacrificio, el del cordero sin mancha que quita el pecado del mundo, tiene eficacia para salvar a toda la humanidad y a cada ser humano. Ese sacrificio ofrecido en la Cruz de una vez y para siempre lo ofrecemos a Dios nuestro Padre cada vez que celebramos la Santa Eucaristía.

Este año 2000 es «*un año intensamente eucarístico: en el sacramento de la Eucaristía, el Salvador, que se encarnó en el seno virginal de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina*» (TMA 55). Igualmente, el año 2000 es un año profundamente misionero, porque en este comienzo del nuevo milenio «*deberá resonar con fuerza renovada la proclamación de la verdad: nos ha nacido el Salvador del mundo*» (TMA 38). Estas dos características, Eucaristía y misión, propias del año 2000, no coexisten simplemente, sino que se compenetran profundamente una y otra. La Eucaristía es el origen, la fuente, la cumbre y la finalidad de la misión de la Iglesia, mientras que la misión de la Iglesia es el fruto natural de la Eucaristía. Celebrando y viviendo conscientemente todas las dimensiones y fuerzas de la Eucaristía, la Iglesia se hace misionera. En la Eucaristía, el amor de Dios encarnado en Cristo llena el corazón del discípulo y con ese amor nos acercamos a nuestros hermanos para anunciarles a Jesús.

— La Eucaristía misma es un acto profundamente misionero y, en muchas ocasiones, ha sido una de las pocas actividades misioneras posibles para la Iglesia. Así ha sido durante muchos años para la Iglesia en Cuba. Solo el culto eucarístico ha reunido a la gente cada domingo, cada semana o algún día de la semana o del mes. Solo allí se predicó la palabra de Dios y se encontraron en la misa dominical o semanal los hermanos reunidos.

La fuerza misionera de la Eucaristía fue anunciada de antemano por las palabras de Cristo en el evangelio de San Juan, que permanecieron misteriosas en aquel momento para sus discípulos: «*cuando yo sea elevado en lo alto atraeré a todos hacia mí*» (Jn 12, 32). En su entrega total hasta el sacrificio de la Cruz, escándalo para los judíos y locura para los paganos (1 Co 1, 23-24), Cristo se dirige al corazón de cada persona. Frente al Crucificado, levantado entre cielo y tierra, no se puede permanecer indiferente, aun el rechazo es ya una respuesta. Por eso, celebrando la Eucaristía, la

Iglesia anuncia a Cristo al mundo, o más bien es Cristo mismo quien se anuncia al mundo atrayendo a todos hacia sí, pues en la celebración sacramental la Eucaristía no es simplemente el recuerdo de un hecho del pasado, sino vivir con toda intensidad el misterio en el momento presente. De hecho, cada vez que «se celebra este misterio se realiza la obra de nuestra redención y nosotros partimos el único pan que es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte, alimento de vida eterna en Jesucristo» (CIC 1405).

En muchas situaciones misioneras en que la Iglesia se encuentra obstaculizada en su expresión de fe y en su actividad apostólica, la Eucaristía es un acto misionero privilegiado, porque es una de las pocas expresiones que se le permite a la Iglesia. Aun en situaciones muy difíciles cuando todo está prohibido, como, por ejemplo, en campos de trabajo forzado o de reeducación, aun allí es posible la presencia eucarística. En muchos casos, la adoración eucarística hecha a escondidas, la comunión recibida de forma oculta, o la misa celebrada de ese modo, ha sido la fuerza que ha sostenido la vida de los cristianos y que ha irradiado vida a otros y generado confianza y fortaleza. Esto ha ocurrido en Cuba en nuestra historia más reciente, quizá desconocida por algunos, pero nunca olvidada por quienes hemos sabido que Cristo Eucaristía estaba presente en medio de nosotros en momentos muy difíciles. La Eucaristía es siempre una forma excelsa de evangelización. Y se anuncia el Evangelio para llevar a hombres y mujeres hasta la mesa eucarística.

— En la Eucaristía, Cristo se ofrece para la remisión de los pecados y la reconciliación universal del mundo: *«esto es mi cuerpo, entregado por vosotros... este es el cáliz de mi sangre... derramada por vosotros y por todos para la remisión de los pecados»*. Dice al respecto la Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II en su número 13: *«todos los hombres están, pues, llamados a esa unidad católica del pueblo de Dios que prefigura y promueve la paz universal; a esta unidad pertenecen de modos diversos o están ordenados a ella sean los fieles católicos, sean los otros creyentes en Cristo, sea por fin toda la humanidad sin excepción, que la gracia de Dios llama a la Salvación»*.

Como se ve en este texto del Concilio, la fuerza misionera de la Eucaristía se encuentra en su misma celebración. Cristo levantado en lo alto y ofrecido en sacrificio al Padre, levanta a la humanidad, la atrae hacia sí, abarca en su amor de ofrenda a todos los humanos. Este es el misterio que celebramos en cada Eucaristía, esta es la fe de la Iglesia y de cada cristiano católico. Con esta fe celebra el sacerdote diariamente la Santa Misa. Así nos lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica: *«la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de aquel que es su cabeza. Con Él, la Iglesia se ofrece toda entera y se une a su intercesión al Padre en favor de todos los hombres... la vida de los fieles, su alabanza, sus sufrimientos, su oración, su trabajo, se unen a la ofrenda de Cristo y adquieren un nuevo valor»* (CIC 1368). La lectura de la Carta a los Hebreos que escuchamos hoy nos recuerda que: *«Jesucristo, de una vez para siempre, se ofreció a sí mismo»*. En cada Eucaristía, Cristo vuelve a presentar al Padre su único acto de entrega por nosotros y, en cada celebración eucarística, nosotros estamos invitados a entregarnos con él al Padre.

— La Eucaristía es un banquete fraterno. En el banquete eucarístico hay dos elementos fundamentales: el Pan y el Vino. El pan es el símbolo del esfuerzo y la solidaridad entre los hombres: de muchos granos se hace un único pan, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre». El vino, además de ser signo de la solidaridad humana, es también el signo de la alegría y de la fiesta. Por lo tanto, como banquete, la Eucaristía es encuentro, solidaridad, es compartir, es comunión.

La Eucaristía, pues, compromete a los cristianos de cara al pobre: *«para recibir de verdad el cuerpo y la sangre de Cristo ofrecido por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres, que son sus hermanos»* (CIC 1397). En el ámbito de la actividad misionera, la solidaridad y el compartir con los hermanos más pobres se realizan a través de diversas formas y organizaciones, como Cáritas. Sin embargo, la gente no tiene solo hambre de pan, sino también de dignidad, de respeto, de consideración. En este sentido, la comunión y la solidaridad con nuestros hermanos más pobres deben traducirse también en actitudes de respeto y de aprecio para sus personas, culturas,

costumbres, etc. Esto es indispensable para el misionero y el catequista en Cuba, que deben tener en cuenta la religiosidad popular con todos sus matices, tan extendida entre nuestros hermanos.

— La Eucaristía es el Sacramento de la unidad. La celebración de la Eucaristía, sacramento de la unidad, es una invitación continua a los discípulos de Cristo para trabajar por la plena unidad entre ellos a fin de responder al deseo expresado por Jesús en la Última Cena: *«que todos sean uno»* (Jn 17, 20). En el contexto misionero, la unidad entre todos los cristianos se vuelve todavía más necesaria y urgente porque es el signo de la credibilidad de la misión de Cristo y de su Iglesia: *«como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que así también ellos sean una sola cosa para que el mundo crea que tú me has enviado»* (Jn 17, 20-21).

Siempre pensamos en esa necesaria unidad de los cristianos de distintas denominaciones, pero olvidamos muy a menudo la unidad interna de la Iglesia Católica, unidad de los sacerdotes y los laicos entre sí, de los sacerdotes religiosos y del clero diocesano, sellados por el mismo sacramento del orden y con una misma misión, la unidad entre los religiosos y religiosas y el obispo, la unidad, en fin, de todos como una gran familia que tiene un solo deber, un solo propósito, un solo mandato del Señor: amarse y, amándose unos a otros, dar a conocer a los otros el amor.

En Cuba, la unidad de la Iglesia, la comunión profunda entre todos los católicos consagrados, fieles laicos y sacerdotes alrededor del obispo, es la garantía y la condición de la capacidad misionera de la Iglesia. No permitan, queridos hermanos y hermanas, que se siembre la semilla de la división entre grupos, comunidades diversas, movimientos distintos, espiritualidades diferentes, que puedan dañar la unidad de toda la Iglesia en el amor a un mismo Dios y a todos nuestros hermanos a los cuales estamos enviados a evangelizar. El tiempo precioso que perdemos en particularismos y el contratestimonio de la desunión y la falta de afecto eclesial dañan irremediabilmente la misión evangelizadora de la Iglesia.

En algunos grupos cristianos no católicos hay un celo misionero a veces torcido que los lleva a atacar duramente a la Iglesia Católica. ¡Cómo debemos cuidarnos los católicos, ante los ataques de esos grupos cristianos hostiles a nuestra Iglesia, de responder con violencia o de utilizar métodos similares para contrarrestarlos a ellos! Nuestra única respuesta debe ser el amor congregante, la paciencia y la capacidad de perdonar y de entusiasmar a nuestros hermanos con el mensaje liberador de Jesucristo.

— La Eucaristía nos abre a la esperanza de los bienes futuros cuando todos los pueblos del mundo ya redimidos por Cristo se sienten a la misma mesa del gran banquete del Reino. *«En la última Cena, el Señor mismo hizo que se volviera la mirada de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el Reino de Dios»* (CIC 1403). Por esto, al celebrar la Eucaristía, los cristianos invocamos con insistencia la venida de Cristo: «ven, Señor Jesús». Por tanto, la Eucaristía infunde a la misión un alma que la impulsa a abrir los horizontes del esfuerzo y de la esperanza hasta el encuentro definitivo de todos en Cristo, cuando Él lo será todo en todos.

— En la Última Cena, al instituir el sacramento de la Eucaristía, Cristo instituyó también el orden sacerdotal para servir ese sacramento, para hacerlo posible y perpetuarlo en todo lugar y en todo tiempo. Por eso, los cristianos que celebran la Eucaristía deben promover las vocaciones sacerdotales para cada Iglesia local y colaborar para que los jóvenes llamados por Dios tengan el apoyo necesario en su camino vocacional, a fin de que en todo rincón de la tierra sea celebrada la Eucaristía, fuente de vida y prenda de salvación. El empeño por promover las vocaciones sacerdotales en las iglesias locales debe animar todas las iniciativas de la comunidad eclesial y también de cada uno de los fieles. El primer misionero es el sacerdote, el primer catequista es el sacerdote. Sin la acción sacerdotal, la misión y la catequesis quedan truncas.

— En la Eucaristía-Sacrificio, Cristo se ofrece como don de amor al Padre por la Salvación de la humanidad y por la renovación de toda la Creación. Por tanto, al celebrar la Eucaristía, el cristiano está invitado a unirse a Cristo en la ofrenda total y sacrificial de su vida hasta el don de sí mismo,

incluso hasta el martirio, que es el acto misionero más sublime y más fecundo: la sangre de los mártires es semilla de cristianos. En el siglo que concluye se cuentan por decenas los sacerdotes y religiosos, religiosas y catequistas mártires de África, Europa, América Latina y Asia en el cumplimiento de su misión.

Sin embargo, no será posible el martirio si no existe el don de sí en las situaciones ordinarias de la vida de cada día. Para muchos en Cuba, la vida con sus desafíos cotidianos, con sus carencias, con el cansancio físico y espiritual que produce especialmente en el cristiano el esfuerzo por vivir la misma fe, se convierte en un martirio. Muchos rechazan ese martirio o le temen, o no se sienten con fuerzas para enfrentarlo, o no llegan a valorar la importancia de la entrega de la vida cuando hay otras posibilidades de realización humana menos costosas. Sin embargo, aquellos que aceptan y ofrecen voluntariamente esa especie de martirio han sido y serán el mayor testimonio evangelizador de la Iglesia en Cuba. Por mi experiencia pastoral de todo el ministerio sacerdotal vivido en Cuba desde los años 60 hasta hoy, estoy convencido de que existe una vocación a permanecer en Cuba, que tiene los perfiles dolorosos que he descrito y que participa de ese martirio de la paciencia del que habló el Cardenal Casaroli. Doy gracias a Dios por aquellos laicos que respondieron sí a este llamado del Señor en décadas pasadas. Pido al Señor que en las nuevas generaciones de católicos haya también quienes busquen en Cristo el valor y la fortaleza de responderle también hoy: presente. Esto constituye el gran desafío para la misión de la Iglesia en Cuba de cara al nuevo milenio. Por eso, en la celebración eucarística, el cristiano está invitado a acoger a Jesucristo, fuente de vida y de amor, para hacerse capaz de transformar la propia vida en un don sin fronteras, que pueda llegar a integrar ese servicio martirial que Cristo pide a algunos en algún momento de la historia y que lo pide a tantos especialmente en Cuba.

— Por fin, la Eucaristía es un sacrificio de alabanza y de acción de gracias con el cual la Iglesia canta la gloria de Dios en nombre de toda la humanidad y de toda la creación. Todas las religiones del mundo tienen oraciones y sacrificios de alabanza y de acción de gracias. El cristiano que celebra la Eucaristía encontrará en ella la luz para apreciar, iluminar y purificar todas esas oraciones y sacrificios de alabanza y de agradecimiento de los pueblos y de las religiones del mundo y para abrirles a esos hermanos nuestros nuevos horizontes, a fin de que todos se encuentren un día en el único coro que canta al unísono por medio de Cristo, único Salvador y Mediador, la gloria de Dios Padre.

Cada Eucaristía repite siempre la dinámica de la misión: somos convocados, reunidos por la Palabra de Dios alrededor de la mesa del banquete eucarístico, donde Cristo se ofrece en sacrificio y alimenta a sus fieles con su cuerpo y con su sangre. Llenos con su amor, beneficiados de su misericordia, somos enviados al mundo entero a llevar el anuncio del Reino de Paz y de Justicia que Jesús trajo a los hombres. Por eso, el celebrante, al terminar la oración que culmina nuestro encuentro personal con Cristo en la Santa Comunión, nos dice: «pueden ir en paz». Ese es el envío misionero de cada domingo, de cada Eucaristía.

Queridos hermanos y hermanas: la Eucaristía es la gran acción misionera de la Iglesia en la cual Cristo, el enviado del Padre, viene a nosotros y nos envía al mundo entero a proclamar su Evangelio. Por esto, la misión, como la misa dominical, no es facultativa: todos debemos participar de ella. Cada uno según su edad y sus posibilidades reales, pero con plena conciencia de que no solo el catequista o el misionero están llamados a anunciar el Evangelio, sino todos los cristianos. Que Cristo-Eucaristía, al ser levantado en lo alto, atraiga hacia sí nuestros corazones, que resuene en cada uno de nosotros el mandato que Él nos repite en cada Eucaristía: vayan al mundo entero y anuncien el Evangelio.